

El Eco de Cartagena

Diario de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

DESDE MADRID Catolicismo o sovietismo

Sebastián Faure dice que la causa del mal estar contemporáneo, así como el de todos los tiempos pasados, es la autoridad.

Y dirigiéndose a los socialistas trata de convencerlos de lo equivocado de sus darrotereros, porque el día que hubieran triunfado socializando toda la propiedad, no habría desarraigado más que una fuente de mal estar, una de las tres manifestaciones de la autoridad.

Esta, añade, individualmente toma la forma de Moral; en lo político, de Gobierno y en lo económico de Proletariado. Abolida esta, como pretende el socialismo, quedarían las dos primeras y el supuesto de suprimir la Moral, contiene el deseo bolchevique, sobre el cual el Gobierno, que vigorizaría los males que padecemos, habiéndose conseguido muy poco en orden al bienestar social.

La anarquía, concluye Faure, es la única panacea contra todo lo que nos aqueja.

¿Que son utópicas estas doctrinas? Está bien, pero en el corazón del pueblo, al que se enseña, con pertinacia digna de mejor causa, no dejan de producir sus efectos.

El defecto radical de las enseñanzas de Faure, discípulo de Rousseau, estriba en la negación del pecado original, que le hace concebir al hombre absolutamente perfecto, siendo, por ende, santos y dignos de ser fomentados, más bien que ecocazadas, y menos aún contrariadas, nuestras inclinaciones naturales.

Por eso el anarquismo, más que principio, es un postulado de la inteligencia ambientada.

Hay no se niega, como antaño, uno que otro dogma religioso, se combate toda religión, desde el momento que se precinde del orden sobrenatural.

Porque toda religión, por rudimentaria que sea, preconiza lo que trasciende la naturaleza, cuya negación incluye, como consecuencia ineludible, la eliminación en la sociedad, de todo lo que con la Religión se relaciona.

Y aún nos expresariamos, con mayor propiedad, diciendo que conduce al anarquismo la negación de la Religión Católica cuyo dogma básico es el pecado original. Negado éste, la vida individual, como la colectiva resultan un misterio incomprendible como ya afirmaba Pascal y Balmes.

Nada de cuanto cobija las expansiones de nuestra congénita ambición puede admitirse, ni tolerarse, por tanto, la autoridad que, en último término, tiende a ecocazar las legítimas aspiraciones de aquella y castiga sus desbordamientos.

Por eso, negado el pecado de origen, huelga y aún perjudica reautorizar, con tanta saña perseguida por el anarquismo.

El resultado inmediato de esta desautorización social es el encumbramiento de las más brutales dictaduras que, a lo soviético, fallándoles para gobernar el resorte de la moral, todo lo acobarda a la fuerza bruta, con que se rinde vasallaje, en esta época de tanto progreso, a la peor de las barbaries; no faltando, alguno que otro neurasténico que, influenciado por las propagandas anarquistas ocasionadas por la estúpida sociedad Moderna, asesina a mansalva a quien

olente autoridad, como ha ocurrido en Villar del Arzobispo, con pasmo de esta generación, que se afana instantáneamente en evitar las consecuencias, fomentando las premisas.

Si queremos que la autoridad vuelva a recobrar los prestigios que su función sugiere reclama, y que los subordinados le rindan el vasallaje a que tiene derecho, restaremos el ambiente social de ráfagas espiritualistas que nos libren de los gases asfixiantes del materialismo, cuyo inevitable postulado es la anarquía, que conduce irremisiblemente al despotismo soviético.

Es infantil pretender hurtar la sociedad a éste dilema: Catolicismo o sovietismo.

ELIAS OLMOS

De Sociedad

LOS QUE VIAJAN

De Granada ha venido el comandante de navío de la Armada don Pedro Lobera.

—De Bilbao el teniente de navío don Leopoldo Bando.

—De Madrid el capitán de Infantería de Marina don Angel Ilogada.

—De Sevilla el alférez de Infantería de Marina don Antonio González.

—De Madrid el capitán de Artillería de la Armada don Luis Carremolino.

—De Alicante el capitán de corbeta don José Sierra, comandante del «Kanguro».

—De Valencia el médico primero de la Armada don José Uberos.

—A Barcelona han marchado los alféreces de Infantería de Marina don Manuel Burgos y don Roca de A. Sotto Caravante.

—De La Coruña ha regresado el capitán de Ingenieros de la Armada don Adolfo Mariño.

NOTAS VARIAS

Esta tarde han sido reelegidos para los cargos de Hermano Mayor y Tesorero de la Junta del Santo Hospital de Caridad los señores don Luis Mallo de Molina y don Manuel Carmona, respectivamente. Les felicitamos.

ENFERMOS

En Madrid se halla enfermo el Inspector de Veterinaria de esta ciudad don Ramón Mercader.

—Se encuentra enferma doña Carmen Irujo viuda de Botella.

—Se hallan enfermos el capitán de fragata don Ramón María Gámez y el ayudante del comandante general del Arsenal don Enrique de la Huerta.

—Están enfermos los jóvenes don Carlos Ojeda Llamuel y don Juan Calero Jordá.

LETRAS DE LUTO

En su casa del barrio de Los Dolores falleció anoche cristianamente a los 47 años de edad el comerciante don Juan Conesa Linares, cuyo sepelio se ha verificado esta tarde con numeroso acompañamiento.

Descansa en paz y reciban nuestro sentido pésame su esposa e hijos y demás familia, especialmente su hermano don Marcelino Conesa, querido amigo nuestro.

SE VENDE AUTO Fiat, 500, 8 H.P. cerrado, 4-5 asientos, en muy buen uso.

Razón Caballero 23-1.º, de 13 a 15 horas y de 20 a 22.

Una conferencia desdichada Por qué admiro al Diabolo

VII

Sobre el más allá de la muerte

Aunque me habiá propuesto escribir en el artículo de ayer la contestación a sus palabras sobre el más allá de la muerte, no pude por falta de espacio. Hebrá que hacerlo hoy, pues no pueda quedar incontestada, señor Satorres.

De la muerte dice usted «que no sabemos nada de nada». Claro es que se referirá a lo que sigue a la muerte. Por lo que hace a usted, Sr. Satorres: lo cree fácilmente; no se moleste en jurármelo; usted nunca se ha preocupado de las cuestiones morales de la vida y de la muerte, es uno de aquellos a quienes tenía presente Wells en las palabras que copié el otro día: «algunos consideran la vida como una fonda, donde se barquetee, se juega y se goza, por lo decir como un pebete, donde se come y se rumia, sin que más honda cuestiones que comueven los grandes espíritus perturben su digestión, sin preocuparse ni poco ni mucho de lo que ha de seguir a la fiesta». Que el señor Satorres es uno de estos lo prueban sus mismas palabras: «Jamás intenté medir dos milímetros en las capas morales de mi existencia». Ha sido un ser casi inconsciente que cumple las leyes de la vida de una manera mecánica. Esto era antes; pero «poco ha variado desde entonces mi filosofía—una filosofía en baño o pija me» —Y quizá por esto merezca la vida ser vivida».

Por eso ha llevado una vida epidémica; pues como él dice «¿para qué complicarle? (con preocupaciones morales) ¿de qué sirven los fanatismos basados en una idea abstracta?».

Tiene usted razón: las ideas abstractas: deber, conciencia, ley moral, Dios, otra vida, no sirven ríen para «complicar la existencia». Que hoy hay que vivir más: una complicación; que no se puede comer carne, otra complicación, que la mujer seña es fruta vedada (otra complicación), y así haciendo caso «de las ideas abstractas» siempre estamos «metidos en complicaciones». ¿Remedio para tantas «complicaciones»? Muy sencillo y muy eficaz: no se hace caso de «fanatismos», y automáticamente queda simplificada la vida de manera «sombría»: se echa «gasolina» al motor—el instinto—y el motor motoriza «todos los actos del hombre, la vida se hace «mecánica»... y por eso quizá merezca ser vivida...».

—Oiga V, pero ¿y la muerte?—Hombre sí, tiene V. razón: he de morir... qué «complicación» tan sería... ¿qué tan me tener que morir... pero espere V. que ya tengo una solución—Cuál—Díe con el poeta: «Vuelve el goyo al pozo?—«Vuelve el alma al cielo?—O sea, que no sabemos nada de nada, cerremos los ojos a esos «fanatismos», ahora a vivir...».

Esta suele ser, por desgracia, la solución «práctica» que dan muchos a gran problema de la muerte. No se quiere pensar en ella, se aparta voluntariamente la vista y el pensamiento de todo lo que nos pueda sugerir el término de las cosas temporales, que tanto se aman y como justificó el ilicófilo se dice: Beh! si al fin y al orbo nada sabemos...».

Las tabletas de ASPIRINA traen consigo alivio.



Friccione Vd., además, la parte dolorosa con Bálsamo de ESPIROSAL. Así resultará más rápida y segura la curación. Fijese bien en el empaque original y en la Cruz Bayer.

ASPIRINA

Esta solución tiene el insuperable inconveniente de ser provisional, cada más que provisional. Es una solución... «en baño»—para andar por este mundo en los cuatro días que tenemos de vida, ¿Y después?...

Hay que enfrentarse con las cuestiones morales, profundizar en ellas más de dos milímetros, plantearse valientemente los grandes, los inmensos, los infinitamente trascendentales problemas de la vida y de la muerte. No es cosa de niños lo que de ellos nos puede resultar. Está en juego una eternidad, fijese V. bien, señor Satorres, UNA ETERNIDAD, feliz, inmensamente feliz o desgraciada. Se trata, como decía el personaje del dramaturgo logés de «ser o no ser». Hay que mirar a la muerte cara cara, si se quiere poseer la vida. «La muerte es el problema capital del pensamiento y de la vida», porque es norma directriz de la vida y del pensamiento, dice el P. Ibañeta. Y porque la muerte debe ser norma de la vida Jesucristo nos advirtió tantas veces en el Evangelio que «estuvieramos siempre preparados» porque «la muerte vendrá como un ladrón» de improviso. A penas se podrá señalar un aviso moral más repetido en la doctrina del Salvador que éste de vivir siempre alerta para la muerte, de no descuidarnos un instante que podría ser el último de la vida. La vida de un cristiano no debe ser otra cosa que un arte de aprender a bien morir. Feliz el que piensa en la muerte y se dispone cada día a morir, nos advierte el discreto Kempis.

Esta preparación para la muerte sería inútil y sin sentido si no supiéramos nada de lo que hay más allá del sepulcro. Si todo terminara en él, si la muerte significara la aniquilación total del hombre, la vida del que procura todo género de satisfacciones en este mundo sería «lógica», la única razonable.

Pero contra la desaparición total del hombre protesta «una» razón por boca del poeta latino que escribió: «Non omnia homo moriar»: [No moriré totalmente] Es imposible que yo sea como las bestias; mis deseos son superiores a todas las cosas de este mundo, mis aspiraciones infinitas, los deseos de no morir íntimos y profundos, mis ansias de perfección, de amor, de verdad, no pueden satisfacerse en esta vida... [Debe haber algo que sea una necesidad psicológica.

La religión—todas las religiones—confirman esta voz de la naturaleza.

De una manera clara, terminante, Jesús ha dicho: «Irán los malos al suplicio eterno y los justos a la vida eterna». Ya lo sabe V., señor Satorres. Los malos irán al suplicio este no del fuego, y los buenos a ver a Dios... Sabemos, pues, de lo de más allá de la muerte bastante, más de lo necesario, por la revelación de Dios. No se diga que son «fanatismos», porque esta creencia la tenemos razonada; (no es cosa de que aquí imituya una argumentación en reg.)

Por si acaso no hay nada después, voy aprovecharme de esta vida. Y ¿no sería más prudente y lógico decir lo contrario: voy a prepararme para la muerte, por si acaso lo hay? Para un cristiano no puede haber lugar a dudas.

Con esto pongo punto final a la reticulación de la conferencia.

Como ve el imparcial lector he tenido razón—al menos, me lo parece—para haberla calificada de «desdichada». Por desgracia ha sido poco afortunado un autor en ella, desde el título—que es un «camello»—hasta el final—que es una blasfemia. Si he sido en mis artículos algo «duro» con su autor, debe considerarse que EL MISMO ha sido el primero en descalificarse. Un enemigo suyo, puesto a difamarlo, no hubiera podido decir cosas más desagradables. Yo no he hecho otra cosa que hacerme «eco» de su voz. Debe tener mucho interés en que se sepan «sus cosas». Por otra parte no he hecho más que afirmar y probar con sus mismas palabras. No me he salido de la conferencia. Y, por fin, téngase en cuenta que cuando se va tratar cosas tan respetables y queridas para un sacerdote, como son las cosas de la religión y de Dios... la paciencia, la consideración... es una debilidad. El que no tiene consideración para con Dios no merece consideración de nadie. Si todavía estas reflexiones no consiguen dar lugar a algunas asperezas, téngase en cuenta por retiradas las que son impropias de una persona educada y cristiana. Tengo ya preparado y en la Redacción el último artículo que saldrá (D. m.) mañana.

GERARDO CANAL DE LA ROSA

Este número ha sido visado por la Censura